

## México – Brasil: mitos y realidades *Hacia una nueva visión para la cooperación*

Federico Vázquez<sup>1</sup>

La tesis clásica de la rivalidad histórica entre México y Brasil implicaría asumir que ambas naciones han buscado en diferentes momentos el liderazgo regional. Discurso que en realidad se alimenta de diversos mitos, ya que ninguno de los países cuenta con las condiciones estructurales suficientes para establecer una hegemonía regional. Es posible sugerir una interpretación alterativa: la disputa radica en dos visiones contrapuestas de inserción internacional y en concepciones diferentes de articular desarrollo y globalización, así como el rol del Estado en dicho proceso. Mientras México optó por una visión liberal de integración en la globalización como estrategia de desarrollo interno, Brasil siguió una ruta neo-desarrollista, es decir, evitar el desmantelamiento total de las estructuras proteccionistas, fortalecer el mercado interno y el aparato estatal como método para una inserción competitiva en la globalización. México es uno de los países con mayor cantidad de tratados de libre comercio, mientras Brasil optó por la vía subregional y la cooperación sur-sur como estrategia geopolítica.

A pesar del discurso actual del gobierno del presidente Felipe Calderón por recuperar el liderazgo en América Latina, en realidad, manifiesta la búsqueda de equilibrios al peso excesivo de Estados Unidos. La supuesta intencionalidad por retomar un activismo diplomático en la región enfrenta algunos obstáculos: las exportaciones mexicanas al resto de Latinoamérica representan aproximadamente 3% del total, mientras el 87% de las mismas tienen como destino los Estados Unidos, la manera de concebir la seguridad en Norteamérica introduce una nueva división con el sur de la región, la percepción de la mayoría de las élites sudamericanas sobre la integración de México con el norte desmitifica el discurso de “México como puente de interlocución”.

Por su parte, Brasil mira la economía mexicana como puente al mercado estadounidense y definió hace tiempo a América del Sur como zona de influencia y eje estratégico de su política exterior. En ese horizonte debemos contextualizar su activismo en el MERCOSUR, su acción a favor de una relación sur-sur que busca unir el Cono Sur con Asia y África, la iniciativa de la Comunidad Sudamericana de Naciones y su oposición frontal al ALCA. Todo ello ha implicado dejar de lado a México.

Si bien México no está en una situación diplomática de liderazgo regional, Brasil tampoco tiene tales condiciones: desacuerdos internos del MERCOSUR, incapacidad de avanzar en su institucionalidad, conflictos con Bolivia por la llamada “geo-economía del gas”, enfrentamiento subregional con Venezuela a propósito de las iniciativas bolivarianas de integración y de la “diplomacia de los barriles de petróleo”.

La interpretación de su “intencionalidad hegemónica” guarda más bien relación con la definición realista de sus intereses nacionales y su capacidad de traducirlos en mecanismos e instrumentos concretos de política exterior que proyectan una imagen

---

<sup>1</sup> Encargado de Diálogo Político e Internacional de la Fundación Friedrich Ebert en México. Candidato a Doctor en Ciencia Política (Procesos Sociales y Políticos en América Latina), Universidad de Arte y Ciencias Sociales, ARCIS, Santiago de Chile. Master en Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos, Licenciado en relaciones Internacionales por la Universidad Iberoamericana.

de Brasil como *global player*, que es exactamente la debilidad de la “visión” mexicana y su ambigüedad en lo que respecta a objetivos de Estado, de ahí la improvisación permanente.

Sería más sugerente abordar las relaciones bilaterales en clave de desencuentros: dos países “culturalmente lejanos” y en muchos sentidos “desconocidos” pese a la fuerza que podría tener la cooperación conjunta en el ámbito de la diplomacia cultural. Cierta desinterés de las élites por acercar visiones y construir espacios institucionales de diálogo y cooperación política en foros multilaterales que impiden identificar áreas de interés común que podrían revertirse con el fin de impulsar iniciativas concretas en temáticas tales como: gobernabilidad global, derechos humanos, desarrollo social y riesgos ambientales, justicia comercial, reforma democrática de instituciones y organismos internacionales, así como del sistema financiero global. Ejemplos donde se podrían encontrar coincidencias para la cooperación multilateral.

El desencuentro por la reforma de la Organización de las Naciones Unidas y en particular por el Consejo de Seguridad, expresa una disputa que parece radicar en las implicaciones que ha tenido el modelo de desarrollo y la estrategia de inserción internacional en la globalización. Desde la década de los ochenta, Brasil definió grandes ejes de una “política exterior de Estado”, mientras México redujo su política exterior a asuntos comerciales y económicos; uno de los efectos más visibles se dio en el fallido intento por dirigir la OEA, lo que además resultó en un enfrentamiento innecesario con un socio estratégico como lo es Chile.

En los próximos meses, habrá que seguir con atención los movimientos de ambas cancillerías rumbo a la visita que realizará el Presidente Lula a México en el mes de agosto. El momento actual llama a un acercamiento político que resultaría provechoso para ambos países, pero las tensiones inscritas en sus diferentes visiones de inserción en la globalización, llaman a mirar con cautela y realismo la posibilidad de avanzar hacia una nueva era de cooperación bilateral.

A pesar de los obstáculos, bien haría México en comprender la importancia de su relación con Brasil para recomponer equilibrios geopolíticos con su vecino del norte y recuperar la senda de la virtud diplomática construida durante años. Brasil sería prudente en entender la relevancia estratégica de la cooperación con México en el ámbito multilateral y en temáticas globales para su proyección como *global player* y en las relaciones sur-sur como estrategia de negociación con el “norte”. Finalmente el fenómeno “Chávez” conforma un factor de acercamiento para la defensa de los intereses de ambas naciones en sus “espacios de influencia”.

Hasta el momento la vía brasileña parece más prometedora. Aún es temprano saber con claridad cuál será la política exterior del gobierno mexicano hacia América Latina, el vínculo con Brasil dirá mucho al respecto. La construcción de una nueva agenda bilateral no puede basarse solamente en el interés comercial y económico de los grandes empresarios, debe avanzar hacia acciones conjuntas en temáticas globales. En ello radica la oportunidad del nuevo acercamiento. Ambos tienen la responsabilidad política de evitar la jibarización regional. Si se prefiere, la fractura latinoamericana es contraria a sus intereses de Estado, ya que debilita a la región como actor internacional y, a ambas naciones, como actores de la política mundial.